

terminar la cena, impartía su lección. Tengo un recuerdo nítido de cómo me dio a conocer por vez primera la metafísica idealista de Berkeley, en particular su idea de que el mundo material o empírico es una invención de la mente creadora: ser es ser percibido / *Esse est Percipi*. Un día, después del almuerzo, mi padre tomó una naranja y me preguntó: «¿De qué color es?». «Naranja», repliqué. «¿Te refieres al color de la naranja o a tu percepción de la misma?», y prosiguió: «Y el sabor dulce, ¿está en la naranja, o en la sensación de tu lengua que la hace dulce?» Esto lo sentí como una revelación: que el mundo exterior es tal como lo percibimos o imaginamos. No existe independientemente de nuestras mentes. Desde aquel día, me di cuenta de que realidad y ficción estaban emparentadas, de que incluso nuestras ideas son ficciones creadoras. Siempre he creído que la metafísica, la religión y la literatura tienen una fuente común.

**Kearney:** Berkeley insistía en que su idealismo no debía ser confundido con el empirismo británico y se rebelaba contra Locke: «Nosotros los irlandeses pensamos de otro modo». Yeats jaleó esta frase explicando que representaba «el nacimiento del intelecto nacional». ¿Cree usted que es sólo una feliz coincidencia el hecho de que su temprano descubrimiento del poder creador de la mente coincidiera con su admiración hacia escritores y pensadores irlandeses como Berkeley, Shaw, Wilde y Joyce, que hicieron el mismo descubrimiento? ¿Cómo se explica tal empatía?

**Borges:** Quizás nada sea accidental. Quizás tales coincidencias obedezcan a leyes ocultas, o al desenlace de designios inescrutables; o sean producto del principio del eterno retorno; o del Logos universal; o del Espíritu Santo. Quién sabe. Pero como extranjero que ha estudiado a sucesivos pensadores irlandeses, estas notables y poco habituales repeticiones me han sorprendido. Berkeley fue el primer filósofo irlandés que leí, desde los *Principles* a *Sirus*, pasando por los *Three Dialogues*, sin olvidar su poema mesiánico sobre el futuro de América: *The course of Empire takes its away...* A esto siguió mi fascinación por Wilde, Shaw y Joyce, que a su vez me llevó hasta Juan Escoto Erígena, el metafísico irlandés del siglo XIII. Sus libros me apasionaron, en especial *De Divisione Naturae*, que enseña que Dios se crea a sí mismo a través de la creación de sus criaturas en la naturaleza. Tengo todos sus libros en mi biblioteca. Descubrí que la doctrina del poder creador de la mente de Berkeley se halla anticipada en la metafísica de la creación de Erígena y que ésta, a su vez, reaparecía en varios escritores irlandeses: en las últimas dos páginas del prólogo a *Back to Methuselah*, Shaw esboza un sistema filosófico notablemente similar al sistema de Erígena, según el cual las cosas vienen de la mente de Dios y acaban volviendo a ella. En resumen, eso que Shaw denomina «fuerza de la vida» juega el mismo papel en su sistema que el que juega Dios en el de Erígena. Me sorprendió,

asimismo, que tanto Shaw como Erígena sostuvieran que toda creación genuina nace de una nada metafísica, lo que Erígena llamó el *Nihil* de Dios, que reside en el corazón de nuestra existencia. Dudo de que Shaw leyera jamás a Erígena; ciertamente, mostró muy poco interés por la filosofía medieval. Sin embargo, hay una coincidencia ideológica. Sospecho que no tiene tanto que ver con el nacionalismo como con la metafísica.

**Kearney:** Su propio trabajo muestra una obsesión no mitigada con el mundo de la ficción y el sueño. En ocasiones, este universo de laberintos subconscientes se parece tanto al sueño que se hace imposible distinguir entre el autor (usted mismo), los personajes del relato y el lector (nosotros).

**Heaney:** Esta mezcla de ficción y realidad me parece crucial en su caso. ¿De qué modo influye el mundo de los sueños en su trabajo? ¿Usa conscientemente material onírico?

**Borges:** Cada mañana, al levantarme, repaso mis sueños y los grabo o anoto. A veces me pregunto si estoy despierto o si sueño. ¿Sueño ahora? ¿Quién puede saberlo? Nos estamos soñando mutuamente todo el tiempo. Berkeley sostenía que era Dios quien nos soñaba. Quizás estuviera en lo cierto. ¡Pero qué aburrido debe ser para el pobre! Tener que soñar cada grieta y cada partícula de polvo en cada taza, y cada letra de cada alfabeto, y cada pensamiento en cada mente. ¡Ha de estar exhausto!

**Kearney:** En sus relatos, varios personajes sugieren la posibilidad de que haya una sola mente divina o alfabeto que da forma al universo de igual modo que un escritor da forma a su mundo imaginario. En «El Aleph», por ejemplo, parece desafiar usted la noción convencional de un ego o individuo, de lo que se infiere que los seres humanos no son más, acaso, que las *dramatis personae* de un drama universal. Llegado a cierto punto, el héroe de este relato declara: «Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos: estaré muerto»<sup>5</sup>. Y en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» se añade, incluso, que «se ha establecido que todas las obras son obra de un solo autor, que es intemporal y es anónimo».

**Borges:** Schopenhauer habló de *die traumhaft Wesen des Lebens*: la esencia onírica de la vida. No se refería a ninguna sublimación inconsciente u onírica como las que ofrece la psicología moderna. Se refería a una mente insatisfecha que busca la plenitud imaginativa. Aunque descubrí esta doctrina metafísica en Berkeley y Schopenhauer, aprendí posteriormente, al leer *Die Lehre des Buddha*, que era una enseñanza central de la filosofía de Oriente; la enseñanza budista que afirma que la realidad es el sueño recurrente de una mente divina me empujó a escribir «Las ruinas circulares».

<sup>5</sup> Estas líneas no aparecen en «El Aleph», como parece dar a entender Richard Kearney, sino en otro relato del mismo volumen de las Obras completas publicadas por Emecé: «El inmortal».

**Heaney:** Me gustaría volver a la relación que hay entre sus sueños y su ficción. ¿Nutren los sueños su escritura de un modo directo? ¿Toma prestado y traslada usted el *contenido* de sus sueños? ¿O hay un trabajo de moldeado y estructuración de las imágenes?

**Borges:** El relato otorga un orden al desorden del material del sueño. Pero no puedo asegurar si ese orden es un orden impuesto desde fuera o, si por el contrario, yace latente bajo el desorden, a la espera de que la ficción subraye su existencia. ¿Inventa el escritor un orden inédito *ex nihilo*? Supongo que si pudiera contestar a esas preguntas no escribiría ficción.

**Heaney:** ¿Nos podría dar algún ejemplo concreto de lo que acaba de decir?

**Borges:** Sí, les contaré un sueño recurrente que llegó a interesarme mucho. Un joven sobrino mío que solía visitarme a menudo y me contaba sus sueños cada mañana, soñó repetidamente lo que sigue: se había perdido en el sueño y llegaba a un claro donde me veía salir de una casa blanca de madera. Llegado a este punto, se interrumpía y me preguntaba: «Tío, ¿qué hacías en aquella casa?» «Buscaba un libro», era mi réplica. Y la respuesta le satisfacía. Al ser un niño, todavía era capaz de desplazarse de la lógica de su sueño a la lógica de mi explicación. Es posible que mis relatos funcionen igual.

**Heaney:** ¿Es, pues, el *modo*, más que el *contenido* concreto de estos sueños, lo que inspira y guía su trabajo?

**Borges:** Yo diría que las dos cosas. He tenido diversos sueños recurrentes a lo largo de los años, que de un modo u otro han dejado su huella. Los símbolos difieren a menudo, pero los patrones y las estructuras no cambian. He soñado con frecuencia, por ejemplo, que me hallaba atrapado en una habitación. Intento salir, pero entro en otra habitación. ¿O es la misma? ¿He escapado a una habitación que contiene a la anterior, o al revés, aquella me contiene aún? ¿Estoy en Buenos Aires o en Montevideo? ¿En la ciudad o en el campo? Palpo el muro para averiguar mi paradero y encontrar una respuesta a estas preguntas. ¡Pero el muro es parte del sueño! Así que el interrogante regresa eternamente al cuarto, como el interrogador. Este sueño me procuró el motivo del laberinto, que aparece con tanta frecuencia en mis libros. Me obsesiona, asimismo, otro sueño en el que me observo en un espejo con diversos rostros o máscaras superpuestas; me las arranco una por una e interpelo al rostro del espejo; pero el rostro no contesta, no puede oírme o no me escucha, es imposible saberlo.

**Heaney:** ¿Qué tipo de certezas piensa usted que exploraba Jung en sus análisis de símbolos y mitos? ¿Cree que los arquetipos junguianos son explicaciones válidas de lo que experimentamos en el subconsciente del sueño y la ficción?

**Borges:** He leído a Jung con gran interés, pero sin convicción. En sus mejores momentos, era un escritor de gran poder imaginativo y exploratorio. Más de lo que puede decirse de Freud: ¡cuánta basura!

**Kearney:** Usted acaba de sugerir que el psicoanálisis tiene más valor como estimulante de la imaginación que como método científico; esto me recuerda su anterior afirmación de que todo pensamiento filosófico es una rama de la literatura fantástica.

**Borges:** Sí, pienso que la metafísica es, como la poesía, un producto de la imaginación. Después de todo, la idea ontológica de Dios es la invención más espléndida de la imaginación.

**Kearney:** Pero, ¿inventamos a Dios o Dios nos inventa a nosotros? ¿Es la imaginación creadora original, divina o humana?

**Borges:** Ah, esa es *la* cuestión. Puede que sean las dos cosas a un tiempo.

**Heaney:** ¿Cree usted que su contacto de niño con la religión católica ha dejado alguna huella en su sensibilidad? Me refiero más a sus ritos y misterios que a sus preceptos teológicos. ¿Existe algo parecido a una imaginación católica, susceptible de ser utilizada en una obra literaria, como es el caso de la *Divina Comedia*?

**Borges:** En Argentina, ser católico es un asunto más social que religioso. Significa que uno se alinea con el grupo social o la clase o el partido adecuados. Esta faceta de la religión jamás me interesó. Sólo las mujeres parecían tomarse la religión seriamente. Cuando era un niño, mi madre solía llevarme a misa; apenas se veía algún hombre. Mi madre tenía una fe muy intensa. Creía en el cielo; y quizás su creencia significa que ahora está en lo alto. Aunque he dejado de ser un católico practicante y no puedo compartir su fe, todavía entro en su cuarto todas las mañanas, a las cuatro de la madrugada –la hora de su muerte, hace cuatro años (tenía 99 años, temía llegar a la centena)–, para esparcir agua bendita y recitar el padrenuestro, como era su deseo. ¿Por qué no? La inmortalidad no es más extraña ni más increíble que la muerte. Como mi padre, que era agnóstico, solía decir: «siendo la realidad lo que es –un producto de nuestra percepción– todo, incluso el misterio de la Trinidad, es posible». Creo en la ética, es decir, que en nuestro universo unas cosas son buenas y otras son malas. Pero no puedo creer en la figura de un Dios. Como afirma Shaw en *Major Barbara*: «He dejado atrás a la Novia del Cielo». Las nociones metafísicas y alquímicas de lo sagrado siguen fascinándome. Pero es una fascinación más estética que religiosa.

**Kearney:** En «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», usted habló de la eterna repetición del caos como proceso del que se acaba extrayendo, o produciendo, un orden o patrón metafísicos. ¿Pensaba, al escribir, en algo en concreto?

**Borges:** Me divertí mucho escribiendo esas páginas; no paré de reírme. La idea del eterno retorno es, por supuesto, una vieja idea de los estoicos. San Agustín la condenó en *Civitas Dei*, cuando contrasta la creencia pagana en un orden cíclico del tiempo –la ciudad de Babilonia– con la noción lineal, profética y mesiánica encarnada en la ciudad de Dios, Jerusalén. Esta última es la noción que ha prevalecido en Occidente

desde San Agustín. Pero pienso que algo de cierto tiene que haber en la vieja idea de que detrás del aparente desorden del universo y de las palabras que utilizamos para hablar del universo, puede emerger un orden oculto, un orden de repeticiones o coincidencias.

**Kearney:** Añadía incluso que aunque dicho orden cíclico no podía ser probado, a sus ojos seguiría siendo una «esperanza elegante».

**Borges:** ¿Escribí yo eso? No está mal, sí,... me gusta. Supongo que después de 82 años tengo derecho a haber escrito algunas líneas memorables. El resto *can go to pot*<sup>6</sup>, como decía mi abuela.

**Heaney:** Acaba usted de comentar que no paró de reírse mientras escribía «Tlón, Uqbar, Orbis Tertius». Ciertamente, sus libros están llenos de juego y humor. ¿Ha sido la escritura una tarea agradable para usted, o alguna vez se ha convertido en una experiencia difícil o dolorosa?

**Borges:** Mire usted, cuando aún no había perdido la vista me encantaba escribir, amaba cada instante y cada frase. Las palabras eran juguetes mágicos y yo las movía de un lado a otro, me entretenían. Sin embargo, desde que perdí la vista, hace casi treinta años, no he podido disfrutar como solía. He tenido que dictar, convertirme más en dictador que en amante de las palabras. Es difícil jugar cuando se está ciego.

**Heaney:** Supongo que la ausencia física de la mesa y la pluma lo cambia todo.

**Borges:** Sí, es verdad. Pero lo que más echo de menos no es tanto escribir como leer. A veces procuro engañarme y me rodeo de toda clase de libros —en especial diccionarios—, ingleses, españoles, alemanes, italianos, islandeses. Se me convierten en seres vivos, que me susurran al oído en la oscuridad.

**Heaney:** Sus sueños, obviamente, han tenido mucha importancia para usted ¿Diría que su capacidad o su necesidad de habitar el mundo de la ficción y el sueño aumentó de algún modo al perder la vista?

**Borges:** Desde que me quedé ciego, todo lo que me resta es la alegría de soñar, de imaginar que puedo ver. A veces, mis sueños se extienden más allá del sueño, en la vigilia o en la duermevela. A menudo, antes de dormirme, o al despertar, me sorprendo soñando, balbuciendo oscuras frases inescrutables. Esta experiencia confirma simplemente mi convicción de que la mente creadora no deja de trabajar, sueña siempre, con mayor o menor intensidad. Dormir es como soñar la muerte. Y al revés, despertar es como soñar la vida. ¡A veces no puedo distinguir entre una cosa y la otra!

**Seamus Heaney y Richard Kearney**

<sup>6</sup> Expresión inglesa que se traduce por «puede irse al infierno» o «puede pudrirse».